



UNIVERSIDAD  
**COMPLUTENSE**  
MADRID

**GALILEO EN EL INFIERNO:**  
**UNA VERSIÓN PARA EL 2024**

Dramaturgia adaptada de *Galileo en el Infierno: un diálogo con Paul K. Feyerabend* (2007) de Ana Rioja y José Luis González Recio

**Alumnos/as:** Elio Alía de Lara, Irene Bariego Fernández, Camilo Blutrach Fioroni, Esther Garnacho Gutiérrez, Cris Jiménez Oliver, Iván Martínez Ortiz, Lidia Moreno Huerta, João Miguel Neves Baldaia, Júlia Riera Massot y Ander Villacián Crespo.

**Asignatura:** Filosofía de la naturaleza

**Profesora:** Laura Nuño de la Rosa García

**Curso académico:** 2023-2024



Galileo en el infierno: una versión para el 2024 © 2024 by Elio Alía de Lara, Irene Bariego Fernández, Camilo Blutrach Fioroni, Esther Garnacho Gutiérrez, Cris Jiménez Oliver, Iván Martínez Ortiz, Lidia Moreno Huerta, João Miguel Neves Baldaia, Júlia Riera Massot and Ander Villacián Crespo is licensed under Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International.

To view a copy of this license, visit <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

# ÍNDICE

Introducción	4
<i>Dramatis personae</i>	7
Primer acto	8
Segundo acto	15
Tercer acto	22
Bibliografía	30

## INTRODUCCIÓN

La elaboración de esta dramaturgia nace de la necesidad de adaptar y actualizar el texto que redactaron los profesores Ana Rioja y José Luis González Recio. Este deseo de reelaboración de la propuesta original no se debe tanto a la calidad de la publicación ofrecida por estos dos investigadores, verdaderos expertos en la materia que presentaron un trabajo sobresaliente. Sino, más bien, a la voluntad de ampliar la mirada con relación a las figuras olvidadas de la historia de la ciencia y de presentar un dispositivo cultural que trate con mayor facilidad y cercanía las cuestiones tratadas para un público que imaginamos generacionalmente cercano a nosotros.

Es por eso por lo que nos hemos tomado sendas libertades a la hora de decidir la dirección que el proyecto iba a tomar. En primer lugar, hemos prevalecido la incorporación de elementos humorísticos y simbólicos que nos resultaran próximos. La obra, escrita originalmente en el 2007 se ha acercado, por tanto, a un contexto referencial que consideramos más cercano a nuestro tiempo. Desde luego, esto no ha impedido que se incorporara una variedad de tematicidades de gran relevancia para la filosofía y la historia de la ciencia, así como para la epistemología o la filosofía política actual. Debates como pueden ser el del relativismo, el encaje de la posmodernidad, la pregunta por la verdad, el tratamiento de las hipótesis *ad hoc*... cobran una importancia incuestionable en el texto. No obstante, en la publicación original observábamos una insistencia notoria en ciertas cuestiones que se repetían a lo largo del texto y es por eso por lo que hemos decidido diversificar los asuntos tratados. Además, hemos agilizado las intervenciones para dotar a la obra de un mayor ritmo y facilitar su interpretación. Esto no impide que ciertas intervenciones y expresiones de la obra se hayan podido mantener de manera casi igual.

Igualmente, se ha insistido en la introducción de nuevos personajes que nos brindaran la oportunidad de discutir acerca de las grandes preguntas filosóficas de nuestro tiempo. Por ello, el giro afectivo y las nuevas nociones que los pensadores posmodernos han alumbrado ganan peso en nuestro texto. Precisamente, esta obra se elabora y encarna desde las disidencias, desde los cuerpos otros, desde las voces que piden ser dichas y gritadas.

Es por eso por lo que no ha habido reparo alguno a la hora de optar por el lenguaje inclusivo y de combatir ciertos males que pueden coartar la libertad expresiva de la juventud como pueden ser el academicismo o el clasismo que concibe que ciertas hablas, ciertas formas de decir quedan excluidas del canon, de lo válido y aceptable.

De esta manera, en nuestra propuesta aparecen Friedrich Nietzsche, Giordano Bruno y en último término como colofón para reivindicar a les olvidades, a les sin nombre, a les desposeídas; Hipatia de Alejandría. Al fin y al cabo, el infierno que imaginamos no es tanto un espacio o un tiempo estable, cartesiano e inamovible, sino un lugar de encuentro para las monstruosidades, para las voces repudiadas, para las otras filosofías que luchan por salir del averno y conquistar las calles. Es importante reivindicar lo queer, lo no normativo, lo que se escribió en anónimo, pero tenía nombre de mujer en la historia de la filosofía. Es importante subrayar que las ideas no pertenecen a nadie y que ningún cuerpo puede quedar atrás en la lucha por decir, en la lucha por encontrar sus palabras.

Sin embargo, ya que esta obra pretendía ser voz de muchas personas y muchos cuerpos, no podía, por tanto, ser redactada de forma unidireccional y jerárquica. Precisamente, para la elaboración de esta nos hemos reunido en numerosas ocasiones y hemos buscado el consenso y la participación de todas las personas que participábamos del proyecto. Se han creado comisiones encargadas de los dos personajes originales del diálogo: Galileo Galilei y Paul K. Feyerabend. Igualmente, tres personas se han encargado de perfilar los nuevos personajes introducidos. Así, los comités se han reunido con estas personas para el desarrollo del texto dividido en los actos que luego se ha discutido en reuniones colectivas de todo el grupo. Estas reuniones periódicas perseguían la revisión coral del texto, el debate de las cuestiones tratadas y el análisis de la idea de la obra en su conjunto. Por otro lado, la obra se concibe como una continuación del trabajo elaborado por el otro grupo de nuestra clase de Filosofía de la Naturaleza. Es por ello por lo que se trabajará para que la coherencia y la adecuación entre ambos trabajos sea orgánica y total. Esta obra no se piensa como algo totalmente desligado e independiente, sino que forma parte de nuestra formación sobre la historia de la cosmología moderna en esta asignatura y completa la dramaturgia que les estudiantes de nuestra clase han trabajado para ahondar en la figura y la obra de Galileo Galilei.

Asimismo, este texto está sujeto a revisiones, correcciones y futuras adaptaciones ya que se entiende como algo orgánico, adaptable y que puede ser mejorado a medida que se avance en su puesta en escena. La obra originalmente se pensaba para una duración de 45 minutos, pero es posible que para su representación sea necesario más tiempo.

De todas formas, consideramos prioritario que las cuestiones tratadas no pasen a estar en un segundo plano pues esta obra, por encima de todo, nace de una voluntad política por reflexionar sobre asuntos que consideramos absolutamente relevantes y que impactan de manera directa en nuestras vidas. En último término, el texto persigue mostrar que en gran medida lo que hoy decimos y reivindicamos tiene una historia de pensamiento anónimo detrás que ha sido repudiada e ignorada. Que no partimos de la nada y que debemos recordar porque es la memoria la que permite la construcción de proyectos de futuro. Que los textos y los autores pueden ser tratados con cierta irreverencia y plasticidad para buscar otras miradas, otros entendimientos que nos lleven a nuevos lugares y en la medida en la que buscamos otros lenguajes, descubrimos que la filosofía pertenece también a la juventud, a los teatros y a las calles.

## DRAMATIS PERSONAE

**Galileo Galilei:** Galileo se muestra como un personaje desgastado y chapado a la antigua ya que lleva siglos en el infierno. Viste como una persona de su época, aunque mantenga una barba un tanto desaliñada. Está seguro de sí mismo y de toda la obra que creó. Es un convencido racionalista dispuesto a defender sus posturas frente a cualquiera que dude de su método. Aparece como una persona irónica con un fuerte lazo con su fiel amigo Bruno.

**Paul K. Feyerabend:** Nuestro anarquista epistemológico aparece despeinado y con una cazadora abierta. Sin embargo, aparenta estar confiado y cómodo, incluso se podría decir que va «de sobrado». Eso se muestra en su tono y forma de hablar: él, un acérrimo deseducador, pretende conectar con quienes los racionalistas no pueden. Se representa como un dadaísta que se toma las cosas «a la ligera», pero a su vez es incapaz de abandonar el espíritu crítico. Podría estar provocando a sus interlocutores durante toda una eternidad cual tábano socrático. De hecho, le gustan mucho los diálogos...

**Camarero o Giordano Bruno:** Ataviado con el uniforme de un camarero clásico, pajarita y chaleco negro. Se intuyen ciertos signos de la edad, pero es un personaje con una presencia relativamente juvenil. Habla con seguridad y un tono jocoso. Se muestra cercano e informal a pesar de hacer uso de un lenguaje obsoleto. Trata de no ocupar demasiado espacio ni muestra excesivo interés por nada. Presenta un cierto hartazgo general, una abulia constante por los malos recuerdos que le invaden.

**Friedrich Nietzsche:** Un nostálgico y melancólico Nietzsche hace una corta aparición en el infierno. A pesar del paso del tiempo, sigue sosteniendo que no es parte de la época presente, que las futuras generaciones ya le darán la razón. Enamorado de su propia poética y su nivel de prosa, juega en este escenario infernal al fácil ejercicio de la crítica.

**Hipatia de Alejandría:** Personaje andrógino y no binario, vestida con colores muy brillantes y levemente maquillada. Sus expresiones corporales se mueven también entre lo masculino y lo femenino. Inteligente, segura de sí misma, es un personaje inclasificable, complejo, que puede resultar arrogante. Le gusta el sarcasmo y lo aprovecha para batir a sus rivales.

## PRIMER ACTO

**FECHA:** 23 de junio de 2024.

**LUGAR:** Un salón con dos sillones de época. La estancia está cubierta de polvo con ciertas luces tenues. La atmósfera es de cierto misterio y oscuridad, entre los dos sillones se halla una mesita de té con un botón rojo visible. Hay una puerta a un lado de los sillones por la que acceden los personajes.

**PERSONAJES (por orden de intervención):** Paul Karl Feyerabend (F), un camarero posteriormente Giordano Bruno (C), Galileo Galilei (G), Friedrich Nietzsche (N) e Hipatia de Alejandría (H).

(Entra en la estancia el camarero precedido por Feyerabend, el cual mira a su alrededor no sin cierta aprensión)

C.- Ya estamos.

F.- Entonces... es así.

C.- Así es.

F.- Supongo que uno termina por habituarse a estos muebles.

C.- Eso depende de las personas.

F.- ¿Son todos los cuartos iguales?

C.- ¡No, hombre! Nos llegan brujas, feministas, rojos... ¿Qué quiere que hagan con un sillón como este? Precisamente usted que tanto ha hablado sobre diversidad cultural...

F.- Sí, sí, me hago cargo. Naturalmente, aquí no hay espejos ni ventanas.

C.- Naturalmente.

F.- ¿Y mi cepillo de dientes?

C.- ¡Todos los clientes hacen la misma pregunta! Pero reflexione, por favor. ¿Para qué habría de cepillarse los dientes?

F.- Nada de espejos, nada de ventanas, ni tan siquiera cepillo de dientes. Cama tampoco, supongo.

C.- Aquí jamás se duerme.

F.- Y las lámparas, ¿están siempre encendidas?

C.- Siempre.

F.- Comprendo. Este es el tipo de luz que tenéis vosotros. ¿Y afuera?

C.- ¿Afuera?

F.- Sí, al otro lado de estas paredes.

C.- Hay un pasillo.

F.- ¿Y al final del pasillo?

C.- Hay otros cuartos, otras galerías y otras escaleras.

F.- ¿Y luego?

C.- Eso es todo.

(Galileo aparece en escena)

G.- ¡Bienvenido, Señor Feyerabend! Raro verle por aquí, aunque estoy encantado ciertamente. Supongo que podrá usted decir lo mismo, al haber hablado tanto sobre mí en su *Tratado contra el método*.

F.- (Al camarero y mirando de reojo al público) ¿Y este? Espero que el alquiler sea más barato que en Madrid porque si encima tengo que compartir habitación...

C.- ¡Bienvenido de vuelta, Galileo! Creo que vosotros dos os conocéis de sobra. Pero bueno, quería presentaros: Feyerabend, Galileo (se dan la mano). Soy el camarero de esta galería del infierno, así que, si necesita algo, Señor Feyerabend, hágamelo llegar. Les dejo solos que estoy seguro de que se mantendrán entretenidos.

F.- ¡Pero espera! ¿Puedo usar el botón de emergencia si no soporto a este?

(Le da un codazo al camarero)

C.- Eso no es un botón del pánico, señor Feyerabend. Estoy seguro, aun así, de que se soportarán muy bien. Pero si quieren llamarme pueden usar el timbre, aunque no prometo que funcione.

(El camarero abandona la estancia mientras Feyerabend da muestras de un creciente desasosiego)

G.- Tranquilícese, señor Feyerabend. Se acostumbrará. En todo caso, dispone de todo el tiempo del mundo.

F.- Sí, por desgracia. ¿Y... por qué estás tú aquí?

G.- ¡Le podría preguntar lo mismo!

(Se señalan mutuamente)

F.- (Con una sonrisa irónica). Tampoco lo sé. Quizá los «justos» no soportan a los que han criticado cualquier cosa que pueda hacer tambalear lo establecido, ¿no?

G.- Quizá. Dígame una cosa. ¿De verdad cree en todo lo que ha escrito sobre mí en el *Tratado contra el método*?

F.- Pero bueno, ¿esto va a ser otro juicio? En general no pienso todo lo que he escrito, aunque ya sabes que me gusta buscar las cosquillas y elaborar los mejores argumentos.

G.- ¡Cómo que argumentos!... ¿no era eso propaganda? (confuso, tomándole el pelo)

F.- Sí, como cualquier otra. Me adapto a mi público. Por suerte o por desgracia, me ha tocado aguantar a los racionalistas... Si no, no hubiera escrito nada.

G.- Siguió usted escribiendo, a pesar de haber dicho que sólo quería tomar el sol, lo que le procuró cierta fama.

F.- Fue el mayor error de mi vida. Todos tenemos contradicciones, si yo empecé siendo uno de esos pedantes occidentales blanquísimos. Pero cuando vi que los racionalistas estaban todos locos perdidos por encontrar *las absolutas reglas absolutamente generales que pueden aplicarse absolutamente a todo*, me marché de ahí.

G.- Es decir, que para usted todo es relativo y nada cierto. Me interesa esto que dice, señor Feyerabend. Charlemos, el tiempo nos sobra.

F.- No te pienses que me vas a intimidar, Galileo. Aunque no te voy a negar que a ti te tengo cierto respeto, porque en realidad, te pareces a mí.

G.- (Ofendido) En todo caso, se parecerá usted a mí.

F.- Si a ti te hace feliz verlo así, me vale. Pero la verdad, Galileo, eres un poco carca. Supongo que eres hijo de tu tiempo, ya sabes, el de la modernidad, el método y todas las demás turras del gabacho de Descartes. Pero yo no creo que haya algo que se pueda llamar método y la historia misma lo deja claro porque los principios han cambiado según la época y los intereses de los reyes o papas de turno.

G.- ¿Pretende afirmar, entonces, que es una idea que no resiste el contraste con los hechos históricos... que al ser confrontada con los hechos de la historia resulta falsada? (énfasis en falsada)

F.- ¿Tú de verdad no ves que las grandes revoluciones en la ciencia han pasado cuando no se siguieron los métodos que eran obvios o se destruyeron sin querer?

G.- ¡Vaya! El señor Feyerabend se desliza ahora con gracia y ligereza hacia un enfoque inductivista ingenuo para confundirme. ¿A cuál de las dos metodologías historiográficas debo atender, al falsacionismo metodológico o a este inductivismo espontáneo -siempre tan pueril para usted- y que parece no poder controlar en estos momentos?

F.- (Creando un silencio incómodo) ... ¿Por qué no hablas normal? ¿No os llega el wifi al infierno?

G.- Le hizo daño Karl Popper.

F.- Mira, mira... no me hagas hablar del «popper». Por cierto, ¿está aquí?

G.- (Mira extrañado al público expresando un «pero ¿qué está diciendo?») No lo creo. Ya me lo habría encontrado.

(Entra el camarero a calmar la tensión y se va después de intervenir)

C.- Miren señores no dudo que está siendo una conversación de lo más fascinante y debo admitir que he estado poniendo la oreja. Pero se me han quejado los de la habitación contigua porque están Platón y Kepler jugando al mus y no se enteran de la partida. Esto es el infierno, no Sálvame Limón.

G.- Disculpa Bru... señor Camarero, bajaremos el tono. Uno pierde las maneras de nuestra época con estos jovencuelos, ya lo sabes.

F.- Pero, espera, espera, ¿cómo que está aquí Kepler? ¿Entonces está aquí también Newton?

G.- No. (Señala hacia el cielo) Está arriba, ya sabes.

F.- ¿Y Einstein?

G.- Tampoco.

F.- Bueno, ¡parece que no nos libramos de los juicios!

G.- Yo ya he pasado página... Pero, se lo ruego, continúe, señor Feyerabend, con su exposición.

F.- Tu piensas que primero tenemos una idea y luego actuamos: hablamos, construimos o destruimos. Pero piensa en los niños, ellos, antes de que les lavemos el cerebro o dudemos de lo que hacen, en realidad ya juegan con los sonidos y las palabras hasta que atrapan un significado. Sin esos juegos, no podrían conocer cómo entendemos las cosas que decimos que son verdad.

G.- La mejor manera de enseñar es aquella que atraviesa la razón, a pesar de que nada pueda ser demostrado. En las interpretaciones naturales que tan necesarias son, como usted dice, la razón es la que siempre abre camino. Criticar a la razón se hace mediante la razón.

(Feyerabend se mueve por la estancia, sin poder ocultar su turbación. Toma en sus manos una figura y vuelve a colocarla en su sitio)

F.- Mire, Galilei. Si tan buena es esa propaganda racionalista, ¿por qué todavía tenemos a terraplanistas en el siglo XXI? Vamos, me estás criticando por utilizar el lenguaje cuando no podría hablar contigo si no lo hiciera. Yo no he dicho que no podamos hablar, por lo menos yo sé que no sé nada, que mi forma de hablar está influenciada, y aquí sigo gastando saliva contigo.

G.- ¿No ve que, aunque critique mucho a la Razón, sigue siendo esta su vara de medir?

F.- Y dale con lo mismo. ¡Que sólo hablo así para los racionalistas! ¿Es que no has leído mis obras?

G.- *Vaffanculo*... Llevo décadas leyéndole Feyerabend. Me tiene usted ya cansado. Daría cualquier cosa por un poco de vino toscano... Hablando de vino, mira quién vino.

F.- Hostias, Nietzsche...

**FIN DEL PRIMER ACTO**

## SEGUNDO ACTO

(Llega Nietzsche muy cabreado con un libro en su mano. Camina por todos lados y no se da cuenta de la presencia de Feyerabend)

G.- ¿Cómo estás, querido?

N.- (Sigue sin mirar) ¿Que cómo estoy, que cómo estoy? Mal estoy... Te juro que no lo puedo entender, ya no entiendo nada. Toda una vida estudiando, leyendo, escribiendo... y ahora esto.

G.- (Sorprendido) Pero ¿qué pasa?

N.- Que me utilizan Galileo, eso es lo que pasa. Que me utilizan por todos lados. Primero los nazis con esa idea fetiche del *übermensch* y cosas fachas, después los francesitos estos: Foucault, Derrida, la *différance*; y ahora... puf... ahora los putos libros de autoayuda y desarrollo personal. Escucha esto: «según Nietzsche, si quieres aprovechar al máximo tu vida... (mirando a la gente) -es que me mato...- (sigue) para aprovechar al máximo tu vida, debes aceptar que lo único que “realmente” puedes controlar es a ti mismo. Aunque el fracaso esté (casi) garantizado, tiene mérito abrirse y expresarse en el mundo». (se agarra la cabeza)

G.- (Se ríe) Nietzsche, cálmate. Ya no hay nada que hacer. Relájate. Mira, te presento al señor Feyerabend.

N.- Uy, discúlpeme, señor Feyerabend por estos improperios. He seguido con gran interés su trabajo. ¿Cómo le va?

F.- Bueno... (mirando a Galileo) se podría estar mejor. Pero me alegro de verlo, señor Nietzsche.

G.- Justo acaba de empezar la hermosa y simpática exposición de nuestro amigo anarquista epistemológico.

N.- Feyerabend, sus argumentos y su retórica son, sin lugar a duda, algo digno de envidiar. Su idea es buena y conlleva mucho coraje. Es más, hasta me hace acordar a cómo hablaba Zaratustra cuando decía:

«Amo al que vive para conocer y que quiere conocer para que un día viva el Superhombre, porque así quiere él su acabamiento.»

(Aplauda Feyerabend)

G.- Ah bueno... (con soberbia)

N.- Sin embargo, señor Feyerabend le he estado leyendo y creo que usted se equivoca.

G.- JA.

N.- Como bien dije, «*Gott ist Tot*», Dios ha muerto, *kaput*. No hay Dios. No puede seguir existiendo la idea de que un método contenga una validez y un criterio para verdades inalterables y obligatorias. Entre la esfera de la razón y la sensibilidad no hay lugar para ninguna causalidad, ninguna exactitud, sino a lo sumo una conducta estética. No hay método, no hay Dios. Entonces, ¿somos anarquistas? ¡NO! Siendo anarquistas no podríamos aligerar el velo que nos separa del fogoso torrente primordial, que abre la posibilidad del mundo sin estar sometido al orden de representación ya dado...

G.- Guau.

N.- (De pie, ya casi gritando) Por lo tanto, es mentira que no hay un método, es mentira que no hay ninguna metafísica, nuestro método y nuestra metafísica, es LA VOLUNTAD DE PODER. (Puño derecho arriba)

(Silencio)

F.- Pero Nietzsche, ¿no crees que...

(Nietzsche se retira dramáticamente)

F.- Pero ¿qué?

G.- Ah sí, suele pasar. A mí ya me lo hizo tres veces. Cuando justo le iba a replicar algo se va. Comienzo a sospechar que sólo le gusta escucharse a sí mismo.

F.- A mí, en cambio, por alguna razón sí que me apetece escucharte. *(Con tono irónico)*. Dijiste que, en un barco, que claramente se mueve, las cosas siguen cayendo en línea recta. Pero no lo refutaste porque eras un cobarde. No te atreviste a decir que era algo novedoso, sino que hiciste universal un ejemplo y con tu propaganda convenciste de que eso podía pasar en todos sitios.

G.- Siempre deseé añadir una «Quinta Jornada» a la obra, en la que responder a diferentes errores de interpretación y a ciertas críticas. Jamás soñé que esa «Quinta Jornada», en vez de ser escrita iba a ser vivida con un anarquista vienés que disparó tiros al servicio del Tercer Reich.

F.- ¿Que no pretendías refutar nada? Tuviste que poner tu teoría hasta por delante de los hechos más básicos. ¿Y qué estabas haciendo ahí? Vaya, cambiaste el método llegando a la conclusión contrainductivamente.

G.- De ahí que, en su opinión, yo violara reglas metodológicas establecidas y firmes, tal como la que prohíbe formular teorías inconsistentes con los hechos...

F.- Claro, ¿no ves que los avances dependen más del contexto que de la Verdad? Que, aunque hagamos uso del método, no existe un método único y fijo, sino que cambia en el tiempo. Si es que no podemos despegarnos de nuestra época.

G.- ¿Cómo, Simplicio? ¿No se da cuenta de que eso es sentido común?

F.- Del sentido común de dónde y de cuándo, pero ¿acaso conoces tú a cada cultura que ha existido? ¿O no te das cuenta de que solo conoces el sentido común occidental?

G.- Pero si, como usted cree, no existe tal cosa como el sentido común ¿cómo es que podemos conocer?

F.- Yo no he dicho que el sentido común no exista. ¡Qué pesados sois diciendo que porque algo dependa del contexto deja de servir! Precisamente, lo que quiero decir, Galileo, no es que nada valga, sino que ¡todo vale!

G.- Feyerabend, con tal de defender su visión, me disfraza usted de anarquista epistemológico.

G.- Con esa clase de argumentos engañosos le aseguro que un tribunal del Santo Oficio lo hubiera condenado a la hoguera como a un buen amigo mío. De hecho, si le da al timbre podrá ver quién es.

F.- ¿Pero ese no es el timbre del camarero? (Con voz de duda, le da al timbre con escepticismo, por lo que acto seguido aparece el camarero en escena)

C.- Caballeros, ¿desean alguna cosa?

F.- Perdona, no sé por qué te ha llamado Galileo.

G.- No queremos nada, Giordano, creo que tal vez deberíamos acabar con este engaño y ser sinceros con el señor Feyerabend.

C.- Galileo, llevamos décadas respetando cada uno nuestro papel. Tenemos un acuerdo por algo. Yo me visto de camarero y a cambio, tengo la alcoba más amplia. ¿Cuántos «cientificuchos» y teóricos posmodernos hemos aguantado como para que eches ahora todo por tierra?

G.- No lo sé, Bruno, estoy un poco cansado de la misma historia de siempre. Quizá es que necesitaba refuerzos porque Feyerabend me encuentra demasiado bien las cosquillas.

F.- A mí me tenéis que explicar todo esto. ¿Pero qué engaño ni que niño muerto? ¿Qué está pasando aquí?

C.- Mire, señor Feyerabend, lo cierto es que uno se aburre sobremanera en el infierno. Se acumulan las telarañas, de vez en cuando se puede tener acceso a las novedades del mundo terrestre: que si Alemania gana el mundial de fútbol, que si un nuevo estilo de música y algo que llaman ustedes «raves»... Pero, ese no es nuestro mundo y no lo acabamos de entender del todo. Además, nos entristece porque al final aquí seguimos teniendo que soportarnos los unos a los otros.

F.- Pues sí que me estás animando para lo que me queda en el convento.

C.- Discúlpeme, pero créame que podrá cultivarse en este infierno. En realidad, no es un infierno tan infernal.

F.- Y tendré que dar las gracias, todavía.

C.- No las dé, no se preocupe. ¿Pero no le parece asombroso que nos hayamos encontrado aquí? Una vez, señor Feyerabend, señalé que «no hay muerte, [que...] solo permanece la sustancia única mutándose en nuevas individualidades». Y ¿quién me iba a decir que acabaría aquí con nada más y nada menos que con Galileo? Quiero decir, siempre le tuve cierto aprecio, a pesar de que me pareciera un poco tibio.

G.- ¿Tibio? Anda que no eres rápido para comenzar a criticarme en cuanto bajo un poco la guardia.

C.- Me pasé siete años en calabozos tratando de arrepentirme, Galileo. Pensé en todo: en cuánto contradije los dogmas de la iglesia, que si la infinitud del universo, que si la unión de Dios y la naturaleza... Vamos, ni siquiera disimulé. Apostaté de los dominicos, dije todo cuanto pude para enfrentarme a los luteranos, a los calvinistas. ¡Si hasta rebatí a Aristóteles, a los tomistas, a cualquier escolástico que se me acercara! Y no dudé en inclinarme por los pitagóricos y esa bella magia que se esconde tras los números y las criaturas.

F.- Oye, ¿tú tienes puesto todo eso en tu LinkedIn? A ver, es verdad que fuiste valiente. Que si Demócrito por aquí, que si Platón, Heráclito... si te cargaste a toda tu época. ¡Qué hostias! Espero que Spinoza esté por aquí...

C.- Por ahí anda, distrayéndose con psicotrópicos y viajes galácticos. No es un gran conversador. Nietzsche y yo, en cambio, sí que solemos hablar largo y tendido sobre las contrariedades de los cristianos. Otras veces se nos une el bueno de Marx que siempre tiene algo nuevo que contarnos...

F.- ¡A ver cuándo me lo encuentro! Bueno, tengo todo el tiempo del mundo ¡A saber cuántos años llevaréis discutiendo cuestiones metodológicas! Me imagino, con lo pesados que sois, que mínimo toda la eternidad.

G.- ¡Toda la eternidad! ¿Me está acaso llamando viejo? Que solo han sido unos pocos siglos.

F.- En fin, entiende que desde tu mirada el tiempo se relativiza un poco (remarca la palabra «relativiza»).

G.- No se crea que se relativiza tanto, las horas se me hacen muy largas aquí metido. A mí me entretienen las visitas, pero claro, a esta galería del infierno nos asignan un difunto no tan a menudo. Y mucho menos uno con tantas ganas de discutir como las que tiene usted.

C.- Y, además, ¿qué quiere que le diga? A Galileo esto de discutir siempre se le ha dado mucho mejor. Es un hombre más templado, más dado a la vida académica. Y yo lo cierto es que siempre he sido un tanto desafiante. Quizá en muchos aspectos me equivoqué, pero también lo hicieron ellos.

F.- Tú me entiendes algo mejor, Bruno.

C.- Ándese con cuidado, Feyerabend. Mis obras eran filosóficas y lógicamente, criticaron esos dogmas falsos que los católicos nos impusieron. Pero para mí la investigación solo podrá ser libre mientras no dispute la autoridad divina. Usted no ha respetado esa autoridad y su anarquismo no maneja particularmente bien a Dios.

F.- No os cansáis con Dios. ¿No os dais cuenta de que creéis en un Dios de vuestro tiempo y tierra? ¿No fue Dios el que te mandó a la hoguera?

C.- Me metieron en una celda oscura y húmeda desde la que escuchaba gritos inimaginables. Me hicieron pasar hambre hasta que no era más pesado que una pluma, enfermé hasta casi morir. Y sin embargó no dudé de mi fe, Feyerabend. A mí no me quemó Dios, me quemaron los católicos.

F.- Pero ¿dónde ves tú a Dios?

C.- Poco me ha leído usted. Para mí, Dios lo es todo, está por todas partes y en cada uno de nosotros se contempla un mundo entero, un universo.

F.- Claro que te he leído. Y tal vez si hubieras nacido más tarde serías un posmoderno, tanto que te gusta la poesía. O un *indie* «malasañero», tanto que hablas de la naturaleza.

C.- Ustedes siempre se empeñan a llevarme a su tiempo, a hacer de mí alguien preocupado por cuestiones menores. Pero cuídeme a Galileo y hágale caso cuando le dice que sin él usted no hubiera podido decir lo que dijo. Quizá no fue tan valiente al susurrar en lugar de gritar, pero lo cierto es que su susurro lo escucharon y mi grito no.

G.- Gracias, Giordano.

C.- Gracias a ti, por estos años de compañía. Yo ya me he cansado, amigos. Y señor Feyerabend, no se angustie por estar aquí pues ya lo dije yo en su momento: «el tiempo todo lo da y todo lo quita, todo cambia, pero nada perece», usted no será olvidado con facilidad.

F.- ¿Qué fue eso que dijiste una vez? Lo de «no importa cuán oscura sea la noche... espero el alba y ...»

C.- «Aquellos que viven en el día esperan la noche. Por tanto, regocíjate y mantente íntegro, si puedes y devuelve amor por amor». Así que, ya saben, si alguna vez me necesitan, ahí tienen el timbre. A no ser que me pillen en alguna habitación muy lejana, prometo que volveré para visitarles.

**FIN DEL SEGUNDO ACTO**

## TERCER ACTO

F.- (Muy alterado) ¿Qué es este lugar? ¿Dónde estamos? ¡El infierno no existe! ¡Sólo es producto de una tradición cultural! ¡Tras la muerte no hay nada! Espera, espera, ¿por qué estoy aquí?

(Feyerabend se pone cada vez más nervioso, llegando al ataque de pánico. Mientras, Galileo le mira satisfecho)

G.- (Se ríe) ¿Siente usted ahora cómo tiemblan todos sus cimientos? Su anarquismo epistemológico no le sirve para mantener su cordura.

F.- Eres muy valiente ahora que estás muerto, pero bien que cuando te juzgaron te pusiste a susurrar. ¡Ni siquiera tú mismo pudiste confiar en tu Iglesia!

G.- (Enfadado) ¡¿Cómo se atreve a hablar acerca de lo que ocurrió aquel día?! ¡Usted no sabe nada sobre la Iglesia!

F.- (Fuera de sí) ¡Cállate! Esto no tiene sentido. Ni siquiera sabemos dónde estamos. ¡El infierno no existe! No somos reales... no podemos ser reales. ¿Pero entonces qué somos? ¿Personajes literarios? ¿Actores de teatro acaso?

G.- Ya me estoy hartando de usted. Tiene que calmarse, señor Feyerabend.

F.- (Le interrumpe) ¡Estoy siendo manipulado! ¡No soy yo quien te contesta! ¡Alguien me está haciendo decir cosas muy triviales, alguien pone en mi boca cosas que yo no quiero decir! ¡Yo soy mucho más sarcástico, más inteligente, más mordaz! ¡¿Pero esto qué es, una obra de teatro?! ¡¿Y es acaso el director un racionalista?! ¡

G.- Ya le he dicho que esto es parte de su castigo aquí. Usted ha escrito Diálogos sobre el Método y el Conocimiento, ideando interlocutores necios que no sabían cómo responder. Está siendo castigado con su propio veneno.

F.- (Desesperado) ¡¿Dónde está ese maldito botón de emergencia?! ¡Traedme a alguien!  
¡Quiero salir de aquí!

(Pulsa el botón del timbre repetidamente de forma desesperada a la vez que empuja la puerta)

G.- Me temo que no irá lejos. La puerta está cerrada.

F.- ¡Tendrán que abrir!

(Sigue pulsando el botón)

F.- ¡Camarero! ¡Bruno!

G.- No le oye.

(Se abre la puerta y aparece Hipatia)

H. - ¡Puf qué asco! Huele como a rancio aquí dentro. Se nota que no hay ventanas.

G - ¿Y usted quién es, señorita? No me suena.

(Feyerabend sigue delirando en un rincón de la habitación)

H. - Normal. No se suele hablar mucho de mí.

F.- (Arrodillándose ante Hipatia desesperado) ¿Has venido a sacarme de aquí? ¡Sácame por favor, no aguanto más!

H. - No puedo hacer eso. Llevo aquí siglos y no hay forma de salir. Aunque ya verás que con el tiempo descubrirás las ventajas que tiene este sitio.

G. – Pero ¿quién es usted? ¿Dónde está Bruno?

H. - Se está tomando algo en nuestro bar habitual de Chueca. Tenemos bastantes conocidos en común, nos llevamos bien. Me ha pedido que venga a hablar con vosotros, dice que os puedo ayudar.

G. - ¿Ayudar?

F. - (Más calmado, sentado en el suelo junto a Hipatia) Yo sí que necesito ayuda... Estoy desesperado.

H. - (Ignorando a Feyerabend). Ayudar sí, eso parece. Sinceramente, solo he subido porque Bruno me lo ha suplicado, pero dudo que pueda hacer algo por él. La gente como vosotros no suele hacerme mucho caso.

G. - Yo la escucho. Haré lo que sea para no seguir conversando con el señor Feyerabend, está totalmente fuera de sus cabales. Aunque primero me gustaría saber quién es usted y por qué Bruno le ha pedido que venga.

H.- Mi nombre es Hipatia de Alejandría. Viví durante los siglos tercero y cuarto en dicha ciudad y me dedicaba a dar clases e investigar.

G.- Entiendo, su relación con Bruno se debe a sus conocimientos.

H.- No exactamente. En el Infierno no suelo visitar las zonas de los científicos, ellos no son de mi estilo. Aun así, alguna que otra vez he compartido mis ideas con Bruno, claro.

G.- A mí estas moderneces me cuestan un poco, pero lo intento, que yo soy aliado. Me gustaría oír esas teorías. Al fin y al cabo, aquí tengo todo el tiempo del mundo.

H.- (Con ironía). Qué gracioso eres Galileo, no esperaba menos de ti. Y tú Feyerabend, ¿sigues ahí?

F.- (Acercándose a ellos, más calmado) Sí, sí... siento el espectáculo de antes. Galileo, he de reconocer que me has sacado de mis casillas. Y yo también te escucho, Hipatia. Te lo debo por frenar nuestra disputa. Además, estoy intrigado.

H.- Entiendo que ya sabéis cuáles son las ideas de Bruno, así que iré al grano. Pero os aviso: lo que os voy a decir no os hará mucha ilusión, sobre todo a ti, Galileo. Yo en el siglo IV ya sabía que el cosmos era heliocéntrico.

G.- (Se ríe). ¿Usted realmente piensa que me creo semejante estupidez?

F.- Déjala hablar, Galileo. Siempre tan irrespetuoso...

H.- No te preocupes, Feyerabend. De nuevo, no esperaba menos de Galileo. De hecho, no he venido a convencerlos de nada.

(Galileo y Feyerabend la miran sorprendidos, sin saber qué responder)

H.- Yo en mi tiempo me dedicaba a varias disciplinas, aunque mis favoritas eran las matemáticas y la filosofía. Por eso enseñaba neoplatonismo en la escuela de Alejandría.

G.- ¿Está insinuando que Platón era heliocéntrico? ¡Pero usted quién se cree!

H.- No, no. No te pongas nervioso, Galileo, déjame terminar. Como ya sabéis, Platón tuvo una fuerte influencia pitagórica y ellos defendían que todo el cosmos estaba compuesto por números. Entendían que el cosmos perfecto debía tener 10 astros, entre los cuales estaba la tierra y giraban en torno a un cuerpo central. Aunque os cueste creerlo, fui mucho más rápida que vuestros queridos racionalistas.

G.- Señor Feyerabend, ¿de verdad vamos a permitir que esta mujer se ría tan fácilmente de la Historia?

F.- No sé Galileo... A mí no me parece tan disparatado lo que está diciendo.

G.- Veo que le ha afectado profundamente su ataque de pánico.

H.- Galileo, yo no me río de nadie. De hecho, ha sido la historia que se ha burlado durante siglos de mí y de muchas otras como yo.

F.- Eso me intriga, Hipatia. ¿Cómo has acabado aquí?

H.- Digamos que tampoco me llevaba muy bien con el obispo de la Iglesia de Alejandría.

F.- Lo que no entiendo es cómo no conocíamos su historia.

H.- Por lo mismo por lo que lleváis un buen rato discutiendo. Os empeñáis en buscar un único relato, una única historia, una única forma de comprender el mundo. Y en realidad eso es lo mismo por lo que me asesinaron: los cristianos no soportaban que hubiera diversidad de creencias y opiniones. Por eso también mataron a tu amigo Bruno, Galileo.

G.- Reconozco que la Iglesia ha tenido algunos líderes intransigentes, pero no creo que ese sea motivo para insultarnos a mí y al señor Feyerabend.

F.- Yo tampoco lo creo. Estoy de acuerdo con que Galileo tiene la cabeza bastante cuadrada, pero no me metas en el mismo saco.

G.- Señorita Hipatia, con todo el respeto, no entiendo nada de lo que está diciendo. ¿Quién es realmente usted? ¿De qué loquero ha salido? Está para que la encierren.

H.- A eso me refiero. Tienes una cabeza demasiado pequeña, Galileo. Simplemente os estoy contando cosas que nunca antes habías escuchado y ya me estás llamando loca.

F.- Bueno Hipatia, comprende que si nunca hemos escuchado hablar de esto nos cueste creer que es verdad...

H.- Me conviene que uses esa palabra. ¿Qué es la verdad?

F.- Sí, sí, ya lo sé. La verdad es una ilusión, un constructo humano, un contrato cuya firma hemos olvidado. Nietzsche ya se ha pasado antes por aquí.

G.- (Al público) Están los dos delirando. Lo que faltaba.

(Ambos ignoran a Galileo y siguen conversando como si nada)

H.- Sí, Nietzsche es bueno en lo suyo, pero en cierto modo sigue siendo como vosotros dos. Pero Butler va mucho más lejos. La Verdad para ella no es solo un constructo subjetivo en cierta forma inmaterial, que solo existe en el imaginario colectivo, sino que cobra la categoría de Ley a través de su repetición ritualizada.

F.- Explícate. Creo que no te sigo.

H.- ¿Por qué vas vestido así?

F.- ¿Qué? ¿Qué tiene que ver mi ropa?

H.- Responde. ¿Por qué llevas esa camisa y no otra?

F.- ¿No te gusta mi camisa?

H.- La verdad es que es un poco sosa, pero no lo decía por eso. A lo que me refiero es a que no te pondrías una falda, ¿verdad?

F.- No.

H.- ¿Por qué?

G.- Pues porque es una prenda femenina. ¿Cómo se va a poner una falda?

H.- ¿Y quién elige esa supuesta feminidad?

G.- Pues no podría decirlo, pero todo el mundo sabe que es así y ya está.

H.- No es tan sencillo. Lo que marca lo que es masculino y femenino es la Ley de Butler. Feyerabend se pones esa camisa porque, de manera inconsciente pero ritualizada, quiere seguir los roles de masculinidad de los cuerpos que le rodean. Así, te creas subjetiva y materialmente como hombre, pero no como uno cualquiera, sino como el que dicta la Ley.

G.- No, no, a mí no me meta en su juego, señorita Hipatia. Puede que Feyerabend siga en estado de locura, pero yo estoy perfectamente cuerdo y no pienso escucharla más.

F.- Galileo, escúchala. Es cierto lo que dice. Seguimos la Ley esa de la que habla. De todas formas, ¿qué tiene que ver esto con mi disputa con Galileo?

H.- Pues que la Ley no se rige solo por el tonto ejemplo de la ropa que he puesto antes, sino que genera una identidad hegemónica y una visión concreta del mundo que condena a muerte a todas las demás.

G.- Si eso fuera así, ¿por qué nunca me han hablado de ello?

H.- ¡Eso es exactamente lo que intento decir! Cuando se vive inserto en la Ley, uno no es consciente de que está habitando la realidad hegemónica, porque ni siquiera se pregunta si hay otras formas válidas de ver el mundo.

G.- ¡Pero ¡qué dice! ¿Está insinuando que alguien nos controla?

F.- Galileo, de verdad que no estás entendiendo nada, tío. Lo que está diciendo es que somos unos pedantes que no saben ver más allá.

H.- Yo no lo habría expresado mejor.

G.- Usted no tiene ni idea de ciencia, señorita Hipatia. No tiene derecho a juzgar mi disputa con Feyerabend.

H.- Lo que intento decir es que TU ciencia se determina porque está insertada en un esquema concreto de ideas, en un lenguaje concreto, en una identidad concreta. Pero esto no va solo de ciencia, es una revolución mucho mayor. Ahí arriba se está abriendo una nueva época. Los monstruos están conquistando no solo el Infierno, sino el mundo entero. La cita a la Ley se está quebrando y están apareciendo ya no leyes, sino anarquías corporales e identitarias que claman por el espacio público. Las calles se están llenando de gente históricamente olvidada. Vuestra manera de sentir el mundo, Galileo y Feyerabend se está quedando pequeña. Un diálogo tan tonto como el que habéis tenido

hasta ahora ya no tiene ningún sentido. Racionalistas o no, vuestras ideas están insertadas en esa maldita Ley de la que ninguno de los dos habéis sido capaces de salir. ¿Pero sabéis qué? Da igual. Dais igual. Los hombres como vosotros ya han tenido sus siglos de importancia y reconocimiento. Ya no somos solo los monstruos que una vez fuimos, sino la revolución que podemos llegar a ser. Hoy os condenamos a vosotros a este Infierno a la vez que nos encargamos de resignificar las calles, los cuerpos y el lenguaje. Hoy un mundo entero se alza contra el mito masculino de la Ley para quebrarla en mil pedazos. Hoy, los cuerpos infernales que un día no importaron se hacen al fin visibles. Y no solo en el infierno, Galileo y Feyerabend; hoy el mundo es también nuestro.

## BIBLIOGRAFÍA

- Amenábar, A. (2009). *Ágora* [Película]. España: Mod Producciones.
- Bruno, G. (1994, año de primera publicación 1584). *La cena de las cenizas*. Alianza Editorial, Madrid.
- Ibid. (1993, año de primera publicación 1584). *Del infinito: el universo y los mundos*. Alianza Editorial, Madrid.
- Dzielska, M. (2009). *Hipatia de Alejandría*. Editorial Siruela, Madrid.
- González Recio, J.L. y Rioja Nieto, A. (2007). *Galileo en el Infierno: un diálogo con Paul K. Feyerabend*. Editorial Trotta, Madrid.
- Feyerabend, P. K. (2015). *Tratado contra el método: esquema de una teoría anarquista del conocimiento* (5ª.ed., reimp, Ser. Filosofía y ensayo). Tecnos, Madrid.
- Ibid. (2008). *Adiós a la razón* (4ª, Ser. Cuadernos de filosofía y ensayo). Tecnos, Madrid.
- Ibid. (1991). *Diálogos sobre el conocimiento* (Ser. Colección teorema). Cátedra, Madrid.
- Ibid. (1990). *Diálogo sobre el método* (Ser. Teorema). Cátedra, Madrid.
- Nietzsche, F. K. (2002). *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* (3ª, Ser. Historia de la filosofía). Diálogo, Valencia.
- Ibid. (2012). *Así hablaba Zaratustra*. Plutón Ediciones, Barcelona.
- Samé, M. (2012). Hipatia de Alejandría: un equipo plural de científicas desvela la verdad sobre la primera mujer de ciencia. *Social and Education History*, 1 (1), pág. 101-103.